



EL SEGUNDO CENTENARIO

Coronel (R) Hugo Gastón Sarno

Julio de 2007

NOTA: El “segundo centenario” de nuestro Primer Gobierno Patrio es el hito histórico próximo y más trascendente, donde se podrá comprobar el resultado de todo un ciclo de nuestra evolución a lo largo de doscientos años. Los institutos de pensamiento académico, historiadores, pensadores y otros, estarán presentes para reflexionar sobre ese inminente momento de nuestra trayectoria. A continuación presento mi pequeña contribución como docente de prolongada actividad universitaria.

Van a transcurrir dos siglos argentinos. En el conjunto de la Humanidad somos comparativamente un pueblo de historia joven. No tenemos ruinas milenarias que mostrar. Tampoco viejos pergaminos para guardar como reliquias. Nuestros museos son todavía pequeños. No tenemos que soportar el peso de los siglos, porque no tenemos dos mil ni tres mil años de historia escrita. Posiblemente somos una Nación que todavía no ha dado un gran mensaje para la posteridad y tal vez lo estamos aguardando con una gran expectativa hacia el futuro.

Al independizarnos fuimos un desprendimiento de la historia española, de la cual nos separamos casi por hechos sorpresivos, de escasa cronología. Nuestra independencia no fue proyectada con prolongada anticipación: nuestros emancipadores no lucharon 50 años antes de 1810. Los hombres que nos independizaron eran jóvenes adultos, tenían entre 30 y 40 años, algunos más jóvenes todavía: cuando nacieron, sus padres no pensaban en un país distinto y no pudieron transmitirles el ímpetu fogoso de la lucha política por una nueva identidad¹.

Las invasiones inglesas de 1806 y 1807, la invasión napoleónica de España, fueron hechos sorpresivos para las generaciones que vivían aquí un pasar casi provinciano, lejos de los grandes acontecimientos gracias a una geografía hemisférica intermedia, gran obstáculo y gran demora para quienes la cruzaban. La vida local sólo se matizaba con hechos de poca influencia histórica: algunos escándalos de pueblo chico, nuevos funcionarios españoles, contrabando, alguna piratería, y la presencia amenazante de los malones. El río Salado era una frontera interior española, mal guarnecida y muy preocupante. El viaje por tierra hacia el interior era riesgoso, atravesando lejanías vacías entre postas y poblados. Sarmiento afirmó que “...el mal que aqueja a la República Argentina es su extensión...”. Joaquín V. González le contestó: “Nuestro país no tiene el mal de la

¹ Las noticias sobre la independencia de EEUU, sobre la Revolución Francesa y además, la llegada a Buenos Aires de libros ‘llamativos’, sólo influyeron en la mente de un número limitado de habitantes, sin plasmarse en hechos similares. Sólo contribuyeron a la emancipación más tarde, desde 1806.

extensión. Yo no podría aceptar jamás esa teoría, porque en su nombre podrían despedazarnos todos los pueblos extranjeros”.

Llamo ‘sorpresivos’ a los sucesos desencadenantes entre 1806 y 1810, porque su cronología fue inmediata al nacimiento del proceso político y militar de la independencia, proceso que a veces pareció dudoso, zigzagueante según los éxitos y los reveses militares y el curso de los sucesos antinapoleónicos en Europa. A ello deben sumarse las disidencias interiores, algunas anarquizantes, con varias deserciones individuales.

Creo que ese nacimiento fue más sorprendente para los pueblos de nuestro interior, que vivían historias propias, casi monótonas, matizadas con algunos hechos influyentes que procedían desde la capital. Y ese ser distinto a Buenos Aires, ese sentirse el interior menospreciado o absorbido desde la Capital, fue una de las situaciones que se comprobaron inmediatamente desde que nacimos y que perdura todavía, pero suavizado institucionalmente hoy por el sistema republicano.

La clase dirigente que surgió en 1810 debió ser improvisada. No existía como tal. El rechazo de los ingleses en 1806 y 1807 se logró mediante una reacción militar y popular que no tenía antecedentes. El surgimiento histórico de Liniers fue algo que era imposible de anticipar cinco años antes. La ausencia de tropa española en el Buenos Aires de 1810 se convirtió en una situación propicia, auxiliada después por la caída de Montevideo en 1814.

La invasión napoleónica fue, sin duda, el hecho determinante. Y las previas invasiones inglesas representaron la chispa que despertó nuestras propias energías y la toma de conciencia correspondiente. Todo transcurrió muy rápido, caso llamativo porque la historia transcurría con lentitud. En ese lustro ella parecía haberse apresurado para darnos una oportunidad política. Fueron acontecimientos que no sólo se precipitaron sino que no fueron provocados por nosotros y que además se acumularon en un lustro, como si el peso de esa densidad histórica hubiese ocurrido sin proyecto previo, resultado de circunstancias surgidas de causas imponderables.

Los primeros dirigentes no tenían proyectos futuros sino inmediatos: la independencia política. Era urgente aprovechar las circunstancias internacionales. La América hispana fue acompañante y a la vez representó un factor auxiliador que contribuyó a dispersar los esfuerzos represores, evitando que se concentraran contra el Río de la Plata, a la vez que permitió contribuir a la emancipación de pueblos hermanos.

La fragmentación territorial de lo que había sido un virreinato durante sólo 34 años, fue algo – puede decirse – esperado, según la dilatada geografía y la soberbia histórica representada por Buenos Aires desde antes y, sobre todo, exacerbado por las primeras guerras de la independencia.

Algunas gestiones para ‘*convencer*’ a pueblos de nuestro interior, no despreciaban el terror. La pérdida del Alto Perú –independizado de España por Bolívar y no por nosotros– significó la separación del centro geográfico sudamericano con un futuro caracterizado por la minería. La conducta de nuestras “*expediciones auxiliares*” contribuyó a esa separación, con derrotas y actos de vandalismo y saqueos que convirtieron a Buenos Aires en “*mala palabra*” para los pueblos altoperuanos².

² Cuando Rondeau se retiraba del Alto Perú luego del “*desastre*” de Sipe-Sipe, Manuel Ascencio Padilla (esposo de Juana Azurduy) le envió en una carta el siguiente concepto (7-dic-1815): “*Recibiremos a U.S. con el mismo amor que antes; pero esta confesión fraternal, ingenua y reservada, sirva en lo sucesivo para mudar de costumbre, adoptar una política juiciosa, traer oficiales que no conozcan el robo, el orgullo y la cobardía*”. Las tropas indisciplinadas mandadas

La separación del Paraguay nos privó del corazón de la cuenca platense, provocada por la conducta arrogante y torpe de nuestros primeros triunviratos. Si desde Asunción se sentía a Buenos Aires como un “*subimperialismo*”, como una delegación imperialista de Madrid, los impuestos sobre la exportación de yerba y tabaco sirvieron para confirmar ese “*subimperialismo*” ya independiente. Y la separación del Uruguay significó tal vez la fractura más importante por sus consecuencias: la desembocadura de la cuenca platense dejó de ser nuestra y sufrió una fractura geopolítica que continuó la rivalidad entre las dos orillas³.

Los doscientos años transcurrieron y llenaron libros de historia a veces contradictorios. Pero a lo largo de ellos aparecen algunos hechos que fueron determinantes en sus consecuencias.

- El primero ocurrió con la usurpación de las Malvinas, quitándonos presencia marítima soberana.
- El segundo ocurrió con la caída de Rosas, con la constitución de 1853, con la separación de la Provincia de Buenos Aires y culminó en Pavón.
- El tercero se produjo con la capitalización de la ciudad de Buenos Aires, con el fin de las campañas del desierto pampeano y patagónico y con el fin de las guerras civiles. Quedó pendiente la incorporación del desierto chaqueño, que se logró en las primeras décadas del siglo XX.

El ingreso a ese siglo XX apareció como una gran promesa política durante el Primer Centenario, pero formando parte del mundo económico dirigido desde Londres. La neutralidad argentina durante la guerra mundial de 1914-18, fue repetida durante la segunda de 1939-45, pero esta vez con una situación muy particular. La Argentina no declaró la guerra a las potencias del “*eje*” debido a la presión británica para impedirlo. Si hubiésemos entrado en la belicidad, nuestra logística hubiese sido sometida a Washington. En cambio, gracias a la neutralidad, nuestro apoyo fue obtenido directamente por Gran Bretaña: le entregamos armas, municiones, alimentos⁴, sin interferencia estadounidense. No fue otra la explicación de la presencia del “*Graf Spie*” en el Atlántico Sur inmediato.

Desde 1943 comenzó un largo período de inestabilidad institucional mediante las interrupciones militares de los gobiernos constitucionales, largo período que nos introdujo en fuertes disidencias interiores y en la duda sobre nuestro futuro y sobre nuestro lugar en el mundo.

Pero acabamos de entrar en el segundo milenio. Es necesario ahora comprobar nuestras grandes ideas políticas cuando se aproxima el Segundo Centenario.

Durante los años 1930 y 1940, mis maestros y profesores ponderaban un “*destino de grandeza*” para la Argentina. A pesar de la crisis “*del 30*”, ese optimismo parecía heredado y sobreviviente desde los grandes festejos del Primer Centenario. Pero, ¿en qué consistía esa ‘*grandeza*’? Las interpretaciones que escuchamos de nuestros docentes cuando éramos niños y muchachos, fueron distintas.

por Rondeau habían cometido toda clase de saqueos y violaciones, muy diferentes a las disciplinadas que comandó Belgrano. Padilla llamaba “*abajeros*” a los que procedían del Río de la Plata.

³ Extraña fractura entre dos pueblos que eran “uno”. Actualmente, por ejemplo, pocos saben que el recordado general Conrado Villegas, héroe de las campañas del desierto, era uruguayo.

⁴ La lata de “*corned beef*” argentino estaba en la mochila de los soldados ingleses.

Algunos de ellos afirmaban que debíamos ser “*una de las granjas del mundo*”, sin aclarar si debíamos ser granja del imperialismo de turno. Serlo, nos costó caro: perdimos parte de la libertad de acción política y económica, tuvimos una bonanza transitoria y vulnerable y más tarde una situación humillante por el crecimiento unilateral. Se puede ser una granja con la condición de que no represente un papel exclusivo, que se preste a las extorsiones “*de mercado*”. De todas maneras, ser una granja representa un papel económico que – mal interpretado – podría quedar obsesionado por la producción de riquezas del suelo y por la ganancia, menospreciando la caridad para aliviar la situación de pueblos hambrientos.

Otros docentes han llegado a interpretar el papel argentino como el de un “*crisol de razas*”, como si nuestro país estuviera predestinado a crear un nuevo arquetipo humano. Esas ideas eran resabios de la idolatría humana, riesgosa de pecar de autofascinación. No debemos encerrarnos en una inmejorable idea sobre nosotros mismos: tenemos virtudes, pero también defectos. Tampoco debemos extasiarnos con algún ‘*campeón de turno*’ ni con alguna ‘*reina de la belleza*’, temas que parecen atrapantes por su publicidad, porque así perderíamos la noción de lo que debe ser la calidad humana que surge en la caridad, en la solidaridad, en el cumplimiento del deber, en el sacrificio, en el amor al prójimo. Tenemos grandes pensadores, grandes artistas, pero también tenemos grandes delincuentes que alimentan las crónicas policiales. Menos tendríamos que considerarnos superiores mirando con desdén a pueblos hermanos.

Si en nuestro país conviven extranjeros procedentes de todos los continentes, es que nuestro pueblo ha logrado una convivencia que no es muy frecuente en el mundo; mundo donde existen algunos Estados que tratan de preservar la ‘*pureza étnica*’.

En todo caso, el variado y acelerado aporte inmigratorio, si bien dio motivos para hablar de un ‘*crisol de razas*’, también dio oportunidad para pensar en los enormes riesgos que corrió nuestro país y su ‘*difícil tarea de argentinización*’, cuando la proporción de extranjeros adultos merodeaba el 70 o el 80 % de la población adulta de la Capital y de la Provincia de Buenos Aires⁵; e incluso dio oportunidad para observar las consecuencias imprevisibles que podrían lesionar la cohesión interior y la adhesión al país durante una o dos generaciones más, en tanto la mayoría de los argentinos recién nacidos en ese lugar crítico de nuestro territorio, tenían padres extranjeros recién llegados, incapaces de transmitir a los hijos una herencia de patria y de próceres que no conocían y hasta padres incapaces de conocer adecuadamente los problemas del momento nacional, tan diferentes a los problemas de la patria de origen.

Ello, tal vez produjo un problema en la transmisión cultural de generación a generación en la bisagra de un siglo con el siguiente y en el lugar del país desde donde se regía el orden político, económico y cultural argentino, de modo que si la familia no proporcionaba la cultura local, era la escuela y la vida misma la que debían proporcionarla. He allí la gran misión que cumplió ‘*nuestra escuela primaria*’ con los hijos de inmigrantes: es un mérito escolar que pocos recuerdan y ameritan.

Todos estos temas eran suficientemente importantes como para atenderlos con gran precaución, dejando el “*crisol*” en un segundo plano; las preocupaciones de ese momento fueron claramente expuestas por Ricardo Rojas en “*La restauración nacionalista*” de 1909. En materia de

⁵ Si bien la población de Buenos Aires y alrededores registraba aproximadamente un 50% de argentinos y un 50% de extranjeros, lo que representaba un riesgo demográfico, la proporción era muy distinta en los adultos, pues sólo los argentinos tenían niños, de manera que su porcentaje disminuía al 25% frente a los adultos extranjeros, que trepaban al 75% de esa población adulta e influyente.

arquetipos humanos, nos debería preocupar la calidad espiritual y cultural de los argentinos, calidad que es independiente del color de la piel, del color de los ojos, de la estatura y del atavismo y, menos aún de su posición social, o de su cuenta bancaria.

Esto, nos puede hacer olvidar o desatender a los grandes hombres y mujeres que hemos tenido, cuando los hijos y nietos de españoles, los mestizos, los morenos y algunos indios, emanciparon al país y comenzaron a levantarlo y a organizarlo, dándonos hombres preclaros y tantos anónimos, mucho antes de la inmigración en masa.

En agosto de 1945 entraron en ferrocarril por la Quiaca los restos de soldados desconocidos, recogidos en el campo de Ayacucho (1824): cuánto mérito anónimo, cuántas vidas ofrecidas por la independencia reposaban en esas urnas de soldados argentinos, peruanos, colombianos, venezolanos, mandados por Sucre.

En otro tipo de interpretación nacional, no faltaron entre mis docentes quienes identificaron a la Argentina como una Nación predestinada a producir una “*fusión cultural*”, aprovechando tanto el aporte y bagaje de cultura traído por los inmigrantes, como nuestros impulsos manifiestos para elevar el grado de cultura del pueblo –con Sarmiento- y nuestra sensibilidad hacia los focos irradiadores situados en Europa. Yo, entre los niños y los muchachos de mi época, no entendía mucho este concepto. Pero esta visión del papel argentino significaba ya, un concepto más elevado como interpretación de nuestro país. Llevaba la vocación de país culto.

La ‘*fusión cultural*’ sólo puede ser realizada por un pueblo que ha vivido una larga época ganando sedimentos y rica perspectiva y que disfruta de la posibilidad de crear e imponer la vigencia de esa fusión a sí mismo, capacidad que en los siglos que hemos vivido y vivimos, está condicionada por los poderes que imponen culturas.

La Argentina ha tenido y tiene talentos culturales con brillo propio y ha tenido y tiene vigencias culturales colectivas. Sus talentos fueron a veces de fuerte tono local, impermeable y reacio a la cultura foránea; otros, se dejaron atraer y absorber por la cultura de las potencias europeas dominantes, brillando casi con oposición a los anteriores; y hasta tuvo y tiene talentos que han hecho abrir los capullos donde la cultura exterior se teñía fuertemente con tonalidades vernáculas. Y en cuanto a las vigencias colectivas, la Argentina vivió momentos de fuertes contrastes internos, donde la Capital comenzó a diferenciarse más y más del Interior, por ser ella el foco donde se concentraba la mayoría de la inmigración y la mayoría de los estudiosos y receptores de la cultura europea.

El correr del siglo XX, sobre todo durante sus últimas décadas de tecnología asombrosa, indicó que cuando no se controlan con argentinidad el producto de los medios de difusión y comunicación en masa que se ubican en el hemisferio norte, ni se preservan los de educación, se hace cada vez más difícil, no ya realizar una ‘*fusión cultural*’, menos todavía sujeta a patrones locales, sino se hace muy difícil asumir un papel cultural en el mundo, es decir, difundir temas de la cultura propia hacia el exterior y hacerlos respetar.

Desgraciadamente, las vigencias culturales, sobre todo las de mayor jerarquía, no se autoimponen por los méritos reconocidos de su calidad. Por lo común, ese siglo XX las fue desbordando y los patrones culturales que han ganado y ganan vigencia son impuestos por los que disponen, a su gobierno, de los medios técnicos para difundir tanto alta como baja cultura. Un libro, el uso de un artefacto, el consumo de una bebida, una costumbre, una idea, invaden el mundo rápidamente, mientras que otros libros, artefactos, bebidas, costumbres, ideas, aun siendo de una jerarquía más elevada, permanecerán efímeramente con una vigencia local, serán desplazados u olvidados y hasta pueden recibir el sello del silencio.

En estos tiempos que corren y condiciones en que vivimos, padecemos algunas contradicciones que disminuyen la capacidad para fusionar una cultura de distintos aportes. Tenemos altas capacidades individuales, pero muchas de ellas se van a rendir frutos lejos de la patria. Tenemos talentos respetados y creadores, que nos prestigian y que no son discípulos ni imitadores. Sin embargo, colectivamente somos más receptores ante la invasión cultural, que creadores. Tenemos tonos vernáculos de alta calidad; a pesar de ello, absorbemos usos culturales ajenos, preferentemente de escasa o poca calidad y, a veces, nuestras mejores expresiones culturales son minimizadas.

Nuestra situación cultural no es todavía suficientemente sólida. Ella nos dificulta proteger la vigencia de nuestras producciones y nuestra capacidad tamizadora no es la mejor: dejamos que nos introduzcan usos culturales donde la calidad no es abundante. Debemos saber que siempre existen – aquí y en todas partes – individuos ávidos de novedades, de sensaciones fuertes, que aplaudirán cualquier aberración cultural con aplausos, al considerarlas lo *‘último y moderno’*. Los más vulnerables son los niños y los adolescentes. En el área de la cultura existe en el mundo el imperialismo cultural y además el monetarismo cultural: hay que saberlo.

Toda *‘fusión cultural’* no es una aproximación equidistante entre la tesis de lo mejor y la antítesis de lo peor, como pudiera suponer mal algún entusiasta hegeliano; porque así nos colocaríamos en términos intermedios de mediocridad y con tendencia a descender hacia lo peor.

Toda *‘fusión cultural’*, como cualquier acto creador, debe buscar indiscutiblemente la mejor calidad, eligiendo lo bueno de lo que se recibe y produciendo lo mejor de sí. Si algunas veces aparece lo peor, sirve de contraste para alejarse en búsqueda de lo mejor. Y si lo peor se hace frecuente, hasta popular, ocurre que culturalmente el pueblo donde así ocurre se puede ir embruteciendo, rechazando o menospreciando los talentos, o va careciendo del genio inspirador, cambiando las preferencias de cultura debido a una subversión de valores.

El hecho de que seamos culturalmente europeos, comenzando por el idioma español, significa que nuestras creaciones autóctonas arrancan desde una herencia recibida y asimilada, sobre la cual construimos lo nuestro. Sin embargo, hoy es necesaria una defensa de lo que ya tenemos como autóctono, de los matices propios que nos individualizan y diferencian y de lo que podamos producir como tal en el futuro, porque el siglo que transcurrió fue muy diferente a los anteriores. Ese siglo ha globalizado también la cultura que se impone, no por el mérito, sino según las leyes del poder cultural.

Sudamérica está habitada por pueblos hermanos que fueron tantas veces menospreciados, invadidos culturalmente y que, sin el ritmo vertiginoso, sin fenómenos espectaculares, sin la fiebre del gigantismo, ni con los aullidos ensordecedores de una cultura que aturde, conservan en cambio, en sectores, las condiciones básicas para levantar una cultura superior una vez que se apaguen las últimas voces que caen sobre ellos por intermedio de las finanzas y de la insolencia técnica que les dan sustento mundial.

En el campo de la cultura, no se han escrito páginas definitivas, ni se han levantado obras terminantes, ni deben tomarse por tales las que se imponen por la fuerza o por la astuta insistencia publicitaria. Cuando tiempos mejores reemplacen a los tiempos peores, nuevas flores nacerán de raíces que han conservado vida latente y su perfume balsamizará la vida, reemplazando a las mediocridades de una cultura impuesta desde el exterior.

Debemos entender que si se han preparado y perfeccionado las armas e instrumentos que permitirán acabar con la vida en el planeta, es que en ciertos pueblos se ha alcanzado el nivel de la barbarie cultural.

En otro orden de ideas, también escuché en aquella lejana niñez que existían docentes que pensaban sobre una Argentina que podía llegar a ser un “*refugio*” para la humanidad, recibiendo multitud de personas desplazadas que abandonen sus lugares de origen.

Un refugio mundial debería – teóricamente - caracterizarse por la posesión de espacios suficientemente disponibles donde volcar nutridos contingentes; por la capacidad para crear nuevas ocupaciones y riquezas; por la elevada producción de artículos de primera necesidad, sobre todo para alimentar y asistir a una población excedente; por la armonía social en la que se desenvuelve su pueblo, capaz de atraer a quienes huyen de zonas hostiles; por la buena predisposición de la población local para saber convivir con extranjeros, hospitalaria y dolorida por las desgracias del prójimo y por la disponibilidad de las más variadas combinaciones de territorios, paisajes y climas, de manera que cada inmigrante pueda encontrar en la Argentina un lugar de geografía semejante a la de su origen, donde pueda desenvolverse sin conflictos de adaptación y curando la nostalgia por la patria lejana y abandonada.

A lo largo de los últimos cien años, la Argentina satisfizo varias veces estas exigencias al ponerlas en práctica. Sin embargo, la llegada de migraciones a este “*refugio*” se ha cumplido con notables anomalías. La radicación de extranjeros se produjo en buena parte casi irracionalmente, sin ninguna orientación eficiente para el asiento de los recién llegados. Supimos que emigrantes de zonas frías se radicaron en nuestras provincias calurosas y que emigrantes montañeses se dedicaron a levantar cosechas en la llanura pampeana.

No existió además, una adecuada tamización: a veces fue excesivamente generosa y otras veces fue burlada por quienes penetraron por fronteras porosas, extensísimas, de manera que nuestra población convivió y convive con personas que permanecerán ilegalmente en nuestro suelo y que mientras no regularicen su situación corren el riesgo de ser explotadas socialmente por empleadores inescrupulosos.

A veces la hospitalidad generosa hizo abrir ampliamente las puertas al exterior, casi suplicando, en determinados momentos, el acceso a nuestra patria. Y así, la Argentina “*refugio*” formó un pueblo nuevo, con un territorio desequilibradamente ocupado, pueblo nuevo que ha ido sedimentando su cohesión, sus sentimientos, sus creencias, sus ideas, con todas las dificultades, tropiezos y complejidades provocadas por ese conflictivo y peligroso siglo que transcurrió, el que, en aciagas circunstancias pudo otra vez requerir nuestra función de “*refugio mundial*”⁶. Algunos autores nos han ubicado en esta categoría, considerando a la Argentina como una “*reserva*

⁶ Personalmente recuerdo que en 1949, encontrándome en la localidad de Iturbe (30 km al norte de Humahuaca), pude comprobar que nuestra Gendarmería había interrumpido la entrada de una numerosa familia de albinos – cabellos, cejas y pestañas blancas -, con abuelos, hijos y nietos, que habían ingresado clandestinamente al oeste de La Quiaca. Eran una familia de desdichados que habían logrado huir en la posguerra europea y pagaban por cada persona un precio elevado a quien se encargó de hacerlos ingresar. La marcha en camión hacia el sur se cumplía evitando las localidades guarnecidas, pero en Iturbe, eso era imposible: la ‘*Quebrada*’ impedía todo rodeo y fueron detenidos. Yo los veía como ‘*refugiados*’, seres que habían logrado salvar sus vidas durante la guerra y cruzar el Atlántico y Sudamérica. Merecedores de compasión y generosidad, nunca supe qué fue de ellos. Pudo haber sido una característica inmigratoria que recibimos al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

mundial”, incluyendo en aquella también a Canadá, la Amazonia, Australia y la Siberia de la Federación Rusa.

Sin agotar los ejemplos imaginados para un papel de la Argentina, que escuché durante mi adolescencia, otros docentes, en fin, parecían marearse en sueños hegemónicos que nos darían un puesto destacado entre los países del mundo. Estas ideas parecían atrapadas por una de las obsesiones de aquellos tiempos, que consistía en entrar en una competición, en rivalizar, o hasta en ubicarse entre los quince o veinte primeros países del mundo, como si la humanidad *‘fuera un campeonato’*, o peor aún, por la obsesión de levantarse desplazando a otros. Para ello, se necesitaría utilizar los patrones de moda, que permitían mensurar el mundo material: el de las estadísticas económicas y otras y las superficies comprendidas en el área de influencia que se controlaba. Para ello, se requería ser *“potencia”*, dentro de los conceptos que hoy tienen vigencia sobre el moderno poder material, lo cual es un contrasentido, pues si queremos que las grandes potencias *‘nos dejen tranquilos’*, sin interferirnos, es preferible no aspirar a ser potencia: no proyectar hacia afuera el mismo papel que no queremos sufrir.

Desde aquella época en que escuché con interés a mis docentes sobre el futuro argentino, han transcurrido setenta años, durante los cuales las interrupciones constitucionales y las disidencias internas nos han encerrado en el presente, en una inmediatez aprisionante, riesgosa y difícil, vulnerable, todavía en manos de grandes prestamistas exteriores. En estas condiciones recientes, resulta muy difícil pensar en un futuro más allá de la década, en levantar la mirada visionaria, en tanto no se logre la libertad de acción suficiente para la política y se obtenga la serenidad para emplear el lenguaje del futuro. Parece que nuestra realidad de estas últimas décadas ha perdido calidad y ya no se recuerda ni se nombra aquel *“destino de grandeza”* que idealizaron aquellos, mis docentes, *‘destino de grandeza’* que parece olvidado en los rincones de nuestros museos como cosa pretérita y fuera de vigencia.

Todavía, la agenda internacional altamente conflictiva, agrega un panorama sombrío sobre el futuro mundial. ¿Cuántas alternativas podrá llegar a tener? ¿Qué hacer ante cada una de ellas que, por supuesto, escapan a nuestra voluntad?

En primer lugar, la Argentina debe tener un objetivo obvio: continuar siendo un Estado-Nación, sobreviviendo – si cabe el término – a las peores situaciones mundiales.

En segundo lugar, no debe permanecer aislada. Necesita entenderse, asociarse y llegado el caso a aliarse con los pueblos hermanos de Sudamérica, en primer término. Se ha producido una circunstancia histórica muy propicia: en este subcontinente han finalizado los grandes conflictos y guerras entre los Estados, abriéndose la oportunidad de alcanzar una armonía tal como la soñaron los Libertadores.

Y en tercer lugar, antes de llenar un papel característico – granja, crisol de razas, fusión cultural, refugio – es preferible concretar y robustecer la *“dignidad humana”* de nuestro pueblo.

¡Qué mejor papel que el de tener una población que vive con dignidad, aun en sus sectores más humildes! Este objetivo incluye la conservación del patrimonio geográfico y de sus recursos en las mejores condiciones naturales y hospitalarias, preservándolo para las generaciones actuales y las venideras. Alguna guía de turismo nos presenta como el país que tiene la *‘calle más ancha del mundo’* o que posee el *‘pico más alto’* de Sudamérica, con lo cual esas guías turísticas parecen cometer la torpeza de hacernos conocer concentradas en la *‘pura extensión’*, donde no existen valores.

Eso no es todo: actualmente continúa presente la idea de medir a los pueblos por datos de la extensión – geográfica, económica, demográfica y otras – como si sólo fuera la única medida meritoria. Así entonces, los pueblos pequeños sólo tendrían miserias y nunca podrían tener dignidad. Y cuando ciertos observadores pretenden entrar en el área de la calidad humana, sólo parecen distinguir las habilidades deportivas de los campeones o las hazañas baratas de algunos que entraron al *'libro de los guiness'*.

Un método para conocer qué valores y medidas empleamos, consiste en aclarar cuáles son nuestras prioridades o preferencias: ¿los rascacielos, o bien las escuelas y los hospitales? ¿Los futbolistas, o los maestros? ¿Las 'miss bellezas', o las madres? ¿La novela sensacionalista, o los clásicos de la literatura? ¿La calidad de la propaganda, o bien la calidad de la mercadería que se ofrece? ¿Los *'personajes del año'*, o en cambio la medicina humilde y silenciosa del Doctor Maradona en Formosa?

Un examen a lo largo de estas preguntas y otras, permitirá entender no sólo nuestras opiniones sino también nuestras creencias.

Sobrevivir a ese siglo XX y pasar al siglo siguiente, significa por un lado sobrevivir al siglo de la corrosión, de la confusión, de la degradación, de la mentira, del materialismo y de las agresiones sutiles, siglo de las guerras mundiales, siglo apocalíptico. La violencia ha adquirido su propia dinámica y a pesar de que muchos dicen que quieren gobernarla y frenarla, simultáneamente alimentan la caldera de las pasiones y le proporcionan instrumentos infernales, de manera que está por hacerse ingobernable. La amenaza ha llegado a su máxima realidad: ha dejado de ser hipótesis con las drogas, que representan, tal vez, la peor de las globalizaciones.

Debemos ser un pueblo no medido con los patrones que actualmente tienen vigencia para ciertos centros de poder. El gran país que queremos no es el de la potencia material, el de la prepotencia ni el de la presuntuosidad. Con alguna frecuencia, algunos argentinos han cometido el pecado de soberbia, creyéndose superiores a otros pueblos e incluso mirando con desdén a pueblos hermanos. Es hora que se adopte la humildad y la humillación, y que podamos reconocer *"la viga en el ojo propio"*.

Tampoco es deseable un pueblo que *'admire extasiado'* los proyectos materiales descomunales. Se los puede tener, simplemente para usarlos pero no para adorarlos. Con ellos no se mide la calidad humana. Queremos ser el pueblo que conoce su propia realidad y quiere y brega por mejorarla, porque ha logrado definirse al saber lo que quiere; un buen pueblo, no porque tenga una legión de grandes talentos, sino porque tiene los suficientes, normalmente un grupo, que están a su servicio y porque lentamente va aumentando la calidad de todo el conjunto. No es imprescindible que tengamos las más brillantes individualidades del mundo. Las podemos tener, como también podemos carecer de ellas. Por ahora, lo que nos interesa es elevar el conjunto. Antes de que seamos una avanzada científica en la medicina para asombrar a la humanidad, es preferible tener una población sana. Antes que suntuosas residencias o para usar en las vacaciones, es preferible la vivienda al alcance de todos. Antes de admirar nuestros paisajes, es mejor y urgente sanear las causas que contaminan el Riachuelo. Y antes que enorgullecernos por nuestras grandes ciudades, es mejor eliminar nuestros verdaderos desastres de urbanización y asegurar allí la higiene y la moralidad.

En estos momentos de tantos cambios sorprendentes, de poderes culturales globalizados, hasta de confusión, de peligro⁷, es muy difícil pensar hacia la profundidad del futuro. El “Segundo Centenario” argentino está muy cerca. ¿En qué situación nos va a sorprender? Y digo ‘sorprender’ porque no sólo es inminente sino porque además está rodeado por la incertidumbre mundial.

Las grandes fuentes de consulta están en el pasado. Los grandes hombres y mujeres vivieron. De ellos ha surgido una sabiduría que no podemos dejarla mezclada con lo que sólo son escorias y cenizas del ayer.

No conocemos todavía qué grandes hombres llegarán a vivir en el futuro. Podemos estimar cómo seremos y qué características tendrán los hechos significativos. Pero como los hombres necesitan paradigmas que les sirvan de guía y modelo, no los encontraremos en el futuro. En el presente, es difícil reconocerlos, aunque no imposible. Normalmente, los grandes arquetipos están en el pasado, pero tenemos que saber elegirlos. Por lo tanto, desprenderse del ayer, arrojarlo al desván, es un desatino. Es evidente que hoy no podemos combatir como lo hacían los ejércitos de San Martín. Pero sí podemos recoger de él lo que guarda plena vigencia: el ejemplo de una vida colmada de virtudes, puesta al servicio de un ideal futuro, incomprendida en su presente caotizado y fratricida, lo cual viene a confirmar el temple que necesitan los grandes visionarios para señalar y avanzar por un camino, haciéndose entender, en momentos en que sus contemporáneos no ven más allá de la anarquía que los consume, lo hacen blanco de sus intrigas y lo injurian, pues no logran hacerlo llegar a las circunstancias inmediatas y absorbentes.

Gracias a **San Martín** y a **Belgrano**, la Patria, entonces jovencísima Nación, nació como una promesa ideal. Se nos ha señalado que “**seremos lo que debemos ser**”, enorme responsabilidad que la Argentina carga sobre sus espaldas, puesto que esas palabras denuncian un elevado mandato a cumplir, a la altura de quien las escribió. Para serlo, en principio se impone deshacerse de mercaderes y otros, que no respetan la dignidad nacional. Los sacrificios de San Martín y de Belgrano no pueden quedar inútiles, manchados por quienes pretenden jugar con la Nación a su servicio. Este, no es un país para que usureros y otras poderes del exterior, puedan hacer desenfadadamente su cosecha y botín. No es éste, un país para que se lo maneje poniéndolo “**de rodillas**” ante los grandes prestamistas del mundo, como sentenció el Juez Jorge Ballesterio, titular del Juzgado Criminal y Correccional Federal N° 2, ni para que otros lo lleven a remolque de algún imperialismo.

Si nuestro País no es para eso, es que debe ser el país de **San Martín** y de **Belgrano**, que reclama otra clase de prototipos y exige un celoso cuidado y manejo de la nacionalidad y de su destino, de sus patrimonios, de su ser y de su ser para algo superior. Ni se trata de ser una nación “*más o menos*”, con virtudes pero también con defectos, ni tampoco de permanecer entre los “*Estados grises cortados por la misma tijera*”, permítanse estas expresiones. La “*grandeza*” de la que hablaron aquellos, mis docentes de la adolescencia, debe estar hoy en la nobleza de un pueblo que refuerza sus virtudes y que – como ya mencionamos – sabe vivir con dignidad y es auxiliado para lograrlo.

Pensar la Argentina hacia un futuro no inmediato, significa indagar en la profundidad verdadera de la esencia nacional. Entonces, los planos profundos explicarán el significado de los planos intermedios y de la superficie, produciéndose la integración entre el destino nacional y los programas de gobierno, la coherencia entre el presente y el porvenir, sedimentando un pasado cada vez mejor y la tranquilidad espiritual de saber que lo que se hace tiene sentido nacional.

⁷ Parece que la característica central del siglo XX y del comienzo del siglo siguiente, es el **peligro**, a juzgar por las grandes guerras y por las armas devastadoras que existen, capaces de eliminar la vida en este planeta.

Ya llega el Segundo Centenario. Durante él, rendiremos un balance de lo que hicimos y no hicimos a lo largo de doscientos años.

Esta es mi contribución personal, de la cual me hago responsable. Todos los argentinos tendrán que *“pensar la Nación”* en esa oportunidad, mediante un análisis retrospectivo y una mirada hacia la siguiente centuria. Hemos sufrido mucho durante las últimas décadas, incluso con una gran cuota de sangre y dolor. El siglo XXI parece haber comenzado con una luz de esperanza para todos nosotros. La Patria no sólo requiere que nos identifiquemos con ella: más todavía, necesita que la amemos como la amó **Belgrano** que, al morir, exclamó: **“Ay, patria mía”**.

Buenos Aires, julio de 2007.

Coronel (R) Hugo Gastón Sarno.

Pertenece al Arma de Infantería. Es Oficial de Estado Mayor del Ejército Argentino (1954) y Oficial de Estado Mayor del Ejército del Perú (1960).

Pidió su pase a la situación de Retiro y le fue concedido el 3 de marzo de 1972. Sus últimos destinos ‘en actividad’ fueron: Director de la Escuela de Instrucción Andina, Bariloche, (1968 y 1969), y Segundo Comandante y Jefe de Estado Mayor de la IXna Brigada de Infantería, Comodoro Rivadavia (1970 y 1971).

Durante sus 37 años en situación de ‘retirado’, se dedicó a la investigación y la docencia.

Fue profesor de Geopolítica en la Escuela Superior de Gendarmería y en La Universidad Católica de Salta (1982-1994). También profesor de Geopolítica en el Instituto Universitario de la Policía Federal, Licenciatura en Ciencias de la Seguridad, desde 1983 hasta 2005.

Actualmente: es profesor titular ad honorem en la Universidad Maimónides (Licenciatura en Estrategia Contemporánea, Magíster en Geopolítica y Magíster en Relaciones Internacionales, desde 2003); y profesor de Geopolítica en la Escuela de Defensa Nacional desde 1980 hasta la actualidad.

La Revista “Geopolítica” le publicó alrededor de 40 trabajos de su especialidad (1979-2001). La Escuela de Defensa Nacional ha publicado en su página web 25 de sus trabajos.

Es autor de dos libros: “Lecciones de Geopolítica – Volumen 1” (2003) y “Lecciones de Geopolítica – Volumen 2” (2004), que son textos de estudio en la Universidad Maimónides, para las citadas carreras universitarias.